

EL TESORO DE *LA GIRONA*

JAVIER PELLICER

EL TESORO
DE *LA GIRONA*



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: junio de 2023

© Javier Pellicer, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6424-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 8971-2023

Impreso en España

1

Mar del Norte, madrugada del 28 de octubre de 1588

El señor Océano propinó al barco el más poderoso golpe de mar recibido hasta el momento. *La Girona* gimió de dolor, crujió su esqueleto, se ladeó de tal modo que los pasajeros salieron despedidos los unos contra los otros. Joan trató de sujetarse a la desesperada, y una tabla medio suelta fue su asidero. En aquella vorágine se perdieron las formas y el valor; no hubo más voluntad que salvar el pellejo propio. En un visto y no visto, el soldado fue arrollado por una nueva tromba de agua que se colaba por un boquete, junto al cañón que momentos antes él y sus compañeros habían tratado de asegurar. El arma se soltó e hizo volar astillas, ensanchando el agujero todavía más.

Por ahí se fueron todos. Osuna, Vargas y De la Cuadra; Bernardo, Silva, Dieguito... Joan vio cómo se los tragaba el mar de un plumazo. Pero lo peor, lo más terrible, es que ni siquiera le importó. En ese momento sólo tenía pensamientos para sí mismo. «Salvarme. Debo salvarme». Como fuera, a cualquier precio. A la mierda su escuadra, *La Girona* y la madre que parió a la Armada. Sobrevivir era lo único que importaba.

La voluntad del mar pudo más, en cualquier caso. Una nueva ola lo envolvió en una lazada que no fue capaz de re-

sistir. Los dedos le resbalaron. Agua y burbujas, pedazos de madera a su alrededor; oscuridad repentina y un frío que roía los huesos. El Atlántico lo había reclamado y tiraba de él hacia abajo.

Y aun así se rebeló. Nadó hacia lo que creía la superficie, iluminada por los fogonazos de los relámpagos. Obligó a sus piernas a moverse, pero, a pesar de los esfuerzos no lograba ascender lo bastante rápido. «Demasiado peso», comprendió en su desesperación. Así que se revolvió para librarse de todo cuanto llevaba encima: la toledana, el coselete de cuero con los dineros cosidos por dentro, las botas, la vizcaína... Se quedó casi en cueros salvo por la camisola, los calzones y lo único de lo que no podía desprenderse aunque le fuera la vida en ello: la medalla de la Virgen y el canuto de los papeles.

Logró al fin romper la encrespada superficie del océano y sentir el viento en la cara. El mar, enemigo poco antes, era ahora su único amparo. El resto, caos. «Padre, Hijo y Espíritu Santo», pensó ante semejante despliegue de rabia divina. Saetas luminosas descendían del cielo como culebras enroscadas, mientras el agua formaba dunas que sin orden ni concierto se convertían en montañas y pozos. Buscó con mirada angustiada cualquier objeto que le permitiera mantenerse a flote: después del esfuerzo sentía que los miembros, ya débiles tras semanas de privaciones, le flaqueaban. No duraría mucho.

Quiso la Providencia ofrecerle una oportunidad en la forma de una tabla que subía y bajaba a merced del oleaje. Puso cuanto le quedaba en alcanzarla y subirse a lo que resultó ser la hoja de una puerta, quizá del camarote de alguno de los oficiales, a juzgar por su delicada talla. Sobre la madera cayó, entre toses y exhausto, y se pegó a ella como una lapa para evitar ser tragado otra vez por el abismo.

En algún momento se permitió levantar la vista para observar aquel infierno, que más que de fuego era de agua, y pudo asistir al estertor final de *La Girona*. Fue terrible ver cómo se estrellaba contra las rocas de un arrecife, cómo se partía por la mitad cual nuez quebrada de un martillazo. Las lágrimas corrieron sobre sus mejillas empapadas.

Joan quedó tan desamparado como el Cristo en la cruz. Sintió que cedía al agotamiento, que el cuerpo le pedía abandonarse a su suerte. Y lo habría hecho de no ser porque, de pronto, echó algo en falta. La medallita de la Virgen seguía allí, enroscada a su cuello, resistiendo, pero el tubo de hoja de lata había desaparecido. Los documentos del servicio militar... y la carta de su madre.

Un alocado ramalazo estuvo a punto de hacerlo saltar al agua en busca de aquella aguja en un pajar. Se lo impidió la falta de fuerzas, y, sobre todo, la certeza de que si se ahogaba jamás podría alcanzar el objetivo que se había marcado. Algo que no pensaba aceptar, así que se aferró a tan mal-sano incentivo para resistir las inclemencias.

La venganza. El ansia de venganza lo salvó.

Dunluce, condado de Antrim, 27 de octubre de 1588

Dicen las antiguas tradiciones que los huesos de Irlanda son de piedra. Su piel es hierba fresca, y los ríos que la recorren contienen la esencia de cuantos hombres la han hollado desde que llegara el primero de ellos, Partolón. Cada vez que la isla resuella se forman tormentas que empujan las olas del mar contra su osamenta, bañan el verde pellejo y dan nueva vida a la herencia del pasado.

Eso, al menos, era lo que aseguraba la vieja tata de Ealasaíd. Quizá sólo fueran cuentos sin fundamento, o tal vez formaban parte de una sabiduría ya perdida. Los druidas hacía muchos siglos que habían desaparecido, y sus conocimientos apenas permanecían como mitos susurrados en la noche que ahora se conocía con Todos los Santos, pero que antaño fue la Samhain que anunciaba el final del verano. Quizás ésa fuera la única enseñanza druídica que había sobrevivido: que nada es inmutable. Todo cambia, evoluciona, forma parte de un ciclo. Todo.

Como la tempestad que se estaba formando sobre la costa de Antrim. Ealasaíd la observaba desde la ventana de sus aposentos, en lo más alto de la torre norte del castillo de Dunluce. Lo lógico hubiese sido presenciar aquello con cierta frialdad; al fin y al cabo, su primer grito de vida lo ha-

bía liberado diecisiete años atrás junto al mismo mar tormentoso. Vino al mundo en Dunaneeny, fortaleza principal de su familia situada al este de aquellas tierras, y por sus venas corría además la sangre de los marineros escoceses de las Hébridas. Las tormentas que se desataban de la noche a la mañana eran tan habituales para ella como la salida del sol. Ninguna debía tener poder para estremecerla.

Sin embargo, había algo inquietante en la negrura que empezaba a imponerse sobre el gris del cielo. Le parecía más ominosa de lo habitual, como si portara malos presagios. O tal vez aquello no tuviera nada que ver con el tiempo. Las últimas semanas habían estado pasando cosas bastante inauditas: patrullas inglesas que iban y venían con mayor asiduidad de lo habitual, barcos de extrañas banderas que se habían ido a pique en la costa oeste de la isla, náufragos que llegaban implorando ayuda... Toda aquella incertidumbre había engordado sus propias nubes, esas que le oscurecían el ánimo del mismo modo que ocurría con el cielo.

Habían pasado ya varias estaciones desde su traslado definitivo a Dunluce, y la apasionada e infantil curiosidad de antaño se había convertido en una especie de apatía a medio camino de la nostalgia. Hasta el rumor del oleaje le parecía triste, como si se tratara de una de esas antiguas baladas que hablaban de pescadores perdidos en alta mar para penuria de sus amantes, quienes se convertían en estatuas de sal de tanto esperar su vuelta. Aunque la verdad era que ella no esperaba a nadie.

Todavía estaba lejos de pensar en aquel castillo como en un hogar. Su habitación, el servicio o a la gente de la aldea le parecían extraños, por mucho que la trataran con amabilidad exquisita. Echaba de menos a su hermana Beitris, quien la primavera pasada se había trasladado a Dunderrave para residir con su flamante esposo, Donal, del clan

MacNaghten. Ahora las separaba el mismo mar que a Irlanda y Escocia, así que apenas la había visto desde entonces. Sus otras hermanas, Aileas y Gráinne, la mayor, tampoco estaban ya a su lado. Seguían en Dunaneeny, también junto a sus maridos. Al mando de todos ellos y del castillo se hallaba Aonghus, el quinto varón de los MacDonnell: Somhairle «el del Pelo Rubio», el padre de Ealasaid.

Él había insistido en que la muchacha lo acompañara a Dunluce. «Le darás lustre con tu hermosa presencia», fueron sus palabras; cariñosas, pero insuficientes para animarla.

La fortaleza se había convertido en la posesión más preciada del clan tras décadas ambicionándola. Después de ganar y perder varias veces tan suculento trofeo, por fin parecía que la región de La Ruta era suya. Había bastado con unas cuantas guerras, otras tantas traiciones y una última humillación. Somhairle, a quien los ingleses llamaban Sorley Boy para su desagrado, había tenido que tragarse el orgullo, arrodillarse ante el representante de la reina Isabel y jurarle sometimiento. La recompensa fue la concesión oficial de los nueve valles de Antrim y La Ruta, la ostra que contenía la perla más envidiada del norte de Irlanda: Dunluce.

De eso hacía casi dos años. Ealasaid era tan joven que sólo había vivido la parte más reciente de aquel relato familiar. Un relato que, por cierto, la asqueaba profundamente. Todas esas luchas e intrigas disfrazadas de honor, cuyo único objetivo real era el control de unos simples pedazos de tierra, no habían traído más que dolor a su familia. Dos de sus hermanos mayores perdieron la vida en la causa: Alaster, a manos de los ingleses, quienes hicieron de él un macabro ejemplo al empalar su cabeza en Dublín; y, en cuanto a Donnell, el segundo hijo de Somhairle... Bueno, Ealasaid todavía cargaba con la culpa de su muerte, por mucho que le dijeran que lo ocurrido no había sido responsabilidad suya.

Tuvo que limpiarse las lágrimas. Donnell... Aún le resultaba imposible contener el llanto al pensar en él. Todavía le carcomía lo ocurrido, como si un parásito se hubiera refugiado en su interior y despertara de vez en cuando para darle unos bocados. ¿Cesaría ese dolor algún día? No apostaba por ello.

Se preguntaba a menudo cómo era capaz su padre de cargar sobre los hombros ésa y tantas otras penas. Sus demonios eran la consecuencia de unas decisiones que en su día Somhairle creyó poder afrontar, al igual que la mayoría de hombres jóvenes. Hasta que le llegó la vejez, cuando la mente tiende a hacer balance de las faltas cometidas. Como entregar en matrimonio a Caitlin, su hija mayor, a los MacQuillan, enemigos tradicionales de los MacDonnell. Aunque el acuerdo había sido bienintencionado y buscaba poner fin a una incómoda rivalidad, por desgracia sólo sirvió para alejar a Caitlin de los suyos. De hecho, Ealasaid nunca llegó a conocer a su propia hermana, que se casó antes de que ella naciera y jamás regresó al amparo de la familia, a los brazos de una madre que perdió la sonrisa a partir de entonces.

Los MacQuillan, los O'Neill, los MacDonnell... Eran muchos los clanes que ambicionaban Dunluce como plaza fuerte, y todos ellos estaban dispuestos a pagar cualquier precio, por alto y doloroso que fuera. Lo cierto era que el castillo se alzaba en un lugar imponente: sobre un espolón gris de una belleza severa y dramática, golpeado sin cesar por las olas y moteado por el verde que se extendía desde las colinas del sur hasta las playas y los acantilados negros. La lengua de roca parecía desear desprenderse de la isla e ir más allá, como si de una bestia marina varada se tratara.

No había olvidado su impresión al ver aquel malecón natural por primera vez desde la barcaza que la traía de Dunaneeny. Fue como si una criatura colosal abriera las fau-

ces para engullirla, pues el acantilado tenía, en el extremo que daba al mar, una gran oquedad que penetraba en la piedra; una caverna que había sido, y todavía era, refugio y parada de contrabandistas. Cuando el pequeño bajel fue absorbido por semejante ballena rocosa, la muchacha tuvo la certeza de que todo había cambiado, y no para bien. Ni imaginaba por entonces hasta qué punto.

El castillo se fundía con el entorno. Sus muros, que en los mayores embates del océano recibían la salpicadura de las olas a pesar de su altura, formaban una planta rectangular de la que sobresalían, en lo alto, dos torres circulares. Los acantilados a este, oeste y norte caían a plomo en sendas paredes manchadas de musgo y piedra negra. La atalaya trataba de aprovechar al máximo la escasa porción de tierra de que disponía. Daba la sensación de que los edificios estaban apretujados; de que en cualquier momento la fortificación se desbordaría por las paredes del saliente y se precipitaría al abismo.

El único punto de acceso real a la fortaleza era el puente levadizo que, salvando el vacío, conectaba el peñón con la planicie anterior. Desde la casa del guarda, precedida apenas por un pequeño patio de espera, los centinelas vigilaban la entrada día y noche. Del lado derecho partía el lienzo que servía de fachada principal al castillo hasta alcanzar el torreón sur, que albergaba los barracones de los soldados acantonados. En la torre más cercana al océano estaban los aposentos de varios miembros de la familia MacDonnell, cuyo último piso ocupaba la joven y desencantada hija de Somhairle. Sobre la cúspide de ambos torreones, y a lo largo del perímetro amurallado, el viento hacía ondear el estandarte del clan: el bravo león carmesí en posición rampante, la cruz de su irrenunciable fe católica, el bajel y el pez azul que los vinculaban con el mar. «Por agua y por tierra», decía el lema de la familia.

Una soberbia plaza fuerte enclavada en un punto esencial para los intereses de los MacDonnell, pues la costa de Antrim era la conexión natural con su tierra de origen, Escocia. Controlar las dos regiones que la formaban, La Ruta y los Glens, significaba tener a su disposición un paso libre hasta la reina de las Hébridas, Islay. La isla más austral del archipiélago estaba bajo el gobierno del clan, por lo que la ventaja resultaba evidente: más allá de los beneficios del contrabando, favorecía el tránsito de colonos escoceses con los que poblar el norte irlandés. Algo que los isleños de pura cepa, y más aún los ingleses, no veían con buenos ojos. Era lógico, por tanto, que también ellos quisieran dominar aquella puerta de entrada para bloquearla o usarla en su favor.

Con ese fin empleaban las únicas armas conocidas por los poderosos: ofrecían títulos, pactaban alianzas que no dudaban en romper si cambiaba la situación, espiaban, asesinaban... ¿Cómo cabía esperar una paz duradera? Incluso en aquellos días, con Antrim firmemente aferrado por los MacDonnell, se percibía en el ambiente una tensión tan evidente como la estática que precede a la tormenta. Ealasaid era consciente de que la calma podía desvanecerse con la misma facilidad con la que el temporal tomaba forma sobre su cabeza. Bastaba con que la reina inglesa se levantara con el pie izquierdo una mañana o al jefe del clan rival se le antojara guerra para que la tranquilidad se fuera al traste. Una excusa, un único suceso caótico. Un pequeño pedrusco rodando era todo lo que se necesitaba para provocar una avalancha.

Se había quedado hechizada por el movimiento de las nubes y el avance de la oscuridad mientras pensaba en tales asuntos. Arreciaba el viento, y la voz del océano empezaba a convertirse en fragor. «El mar habla a gritos, chilla a pleno

pulmón cuando se enrabieta», solía decir su madre. Otra cosa era el significado de esas palabras. «Quizá contenga un mensaje para mis oídos», pensaba a veces. Pero nunca lograba discernir cuál era.

Su mente estaba anclada en aquellas preocupaciones vagas cuanto la puerta de la alcoba se abrió de manera estrepitosa. El impertinente visitante no había considerado necesario pedir permiso, y eso lo anunciaba mejor que cualquier llamada.

La figura robusta y enorme de Ragnall, hermano de Ealasaïd, robó el protagonismo a la tempestad. Ella suspiró de fastidio por la interrupción. Si algo no le gustaba de él, era aquel moverse por la vida sin pensar en lo que hacía. A veces se enfadaba por ello, pero luego recordaba que no había maldad alguna en Ragnall, la persona más bonachona y alegre que conocía. La unía a él, de hecho, una relación más estrecha que con la mayoría de sus parientes, a pesar de que tenía edad para ser su padre.

Somhairle había sido un hombre pródigo a la hora de engendrar descendencia. Se desposó con Màire O'Neill, la entonces jovencísima hija de Conn, conde de Tyrone, en un matrimonio de conveniencia que, a diferencia de otros, tuvo cierto éxito en su intento de acercar a ambos clanes. La madre de Ealasaïd había traído al mundo once hijos a lo largo de cuatro décadas, seis varones y cinco mujeres, por lo que la diferencia de edad entre los mayores y los menores era muy amplia. Entre los cuarenta y cinco de Ragnall y los diecisiete de Ealasaïd mediaba un abismo que sólo lograba compensar el carácter jovial y despreocupado del segundo en la línea de sucesión. En realidad, solía comportarse como si todavía fuera un niño sin responsabilidades.

—Hola, aveçilla —dijo él, haciéndole una mueca burlona ante la cual la muchacha solía fingir disgusto, pero que en

realidad le encantaba—. ¿De nuevo pensando hacia el horizonte? Cualquiera día te convertirás en una gaviota y saldrás volando por la ventana.

—Eso no estaría tan mal, si lo piensas —respondió, levantando los hombros con indolencia—. Sería libre para hacer lo que me viniera en gana.

—Ya, lo dice la malcriada de padre, a quien todo permite.

—Salvo quedarse en Dunaneeny.

—No te quejes. —Le tomó una de las hebras rojizas y jugueteó con ella hasta que la muchacha le dio una palmada en la mano—. Dunluce es más divertido. Al fin y al cabo, yo estoy aquí, y eso basta para alegrar la cara de una jovencita tan seria como tú.

Ragnall sabía muy bien que Dunluce era todo menos un lugar divertido para Ealasaid. Y sabía por qué: la fortaleza le recordaba constantemente a Donnell. Pero quitar importancia a las cosas era su manera de aliviar las tensiones. A veces funcionaba.

Aquella noche, no.

—Sí, junto con tu enorme vanidad —se burló ella, desganada.

—Hablando de vanidad... —Ragnall se sentó sobre la cama, que tembló al recibir su portentoso corpachón—. Acaba de llegar un mensajero al castillo. Por eso venía a verte. Los O'Neill han pedido otra audiencia con padre.

Ealasaid no se esforzó en contener un suspiro. «Otra vez», gimió para sus adentros. Conocía muy bien el objetivo de ese encuentro que los irlandeses demandaban sin descanso: la única hija soltera que le quedaba a Somhairle MacDonnell.

—No se dan por vencidos, Rag —barruntó la joven, sentándose junto a su hermano. Él le pasó el brazo por el hombro y la apretujó amorosamente.

–Turlough es cabezota como todos los O’Neill. Y Artair, su hijo, se hace mayor. Le urge encontrar esposa, y prefieren alguien que les reporte ventajas en el futuro.

Al igual que ocurría con otras familias gaélicas, había varias ramas del clan O’Neill. Una de las más importantes eran los O’Neill de Clandeboyne, la región situada justo al sur de Antrim, contra los que su padre había luchado victoriosamente años atrás. Su fortuna había menguado tras aquella famosa batalla en la que cayeron junto a sus aliados, los MacQuillan, anteriores señores del castillo de Dunluce. Años después de la derrota tuvieron que ver cómo los ingleses les arrebataban sus tierras y las dividían entre los afines a la corona.

Luego estaban los O’Neill de Tyrone, gobernados por Turlough Luineach, y en mejores términos con los MacDonnell tras el matrimonio de los padres de Ealasaid. Pero había pasado mucho tiempo desde entonces y las relaciones eran ahora frías, sobre todo después de la muerte de Màire. Y se volvían aún más gélidas con cada rechazo a sus propuestas de matrimonio.

–¿Por qué no se dan por vencidos de una vez? –preguntó la joven, sin esperar una respuesta.

–Turlough siente en el pescuezo el aliento de un enemigo de altura, ya lo sabes.

Su hermano se refería a Hugh, sobrino del anterior señor de los O’Neill, Shane. Este último había sido desbancado a las malas por su *tanist*, el comandante de mayor rango que lo asistía, que no era otro que Turlough. Aquella traición acabó con las aspiraciones de Hugh de recibir el gobierno de Tyrone, y para evitar correr la misma suerte que su tío se exilió en La Empalizada, territorio dominado por los ingleses. La Corona se apresuró a nombrarlo conde de Tyrone, ofreciéndole apoyo con la clara idea de desestabilizar a los

clanes del Úlster. Ante semejante amenaza en el horizonte, Turlough supo que iba a necesitar de cuantos aliados pudiera conseguir. Y los MacDonnell eran los más poderosos que tenía a su alcance.

–Me parecería bien si no se empeñaran en utilizarme como mercancía para lograr sus objetivos.

–No creo que debas preocuparte por nada, Eali –atajó Ragnall–. Padre recibirá a los O’Neill para no desairarlos y hará lo que siempre hace: emborracharlos con nuestro whisky y darles largas. Ya ha dejado claro muchas veces que no te entregará a varón alguno salvo consentimiento por tu parte. Se lo prometió a madre.

–Lo sé. Pero la cuestión es cuánto tiempo podrá mantener esa promesa. Si la necesidad aprieta, ¿la romperá?

–Hay una solución para evitar llegar a eso: encuentra un marido de tu agrado. Te sobran pretendientes.

Ealasaíd suspiró de nuevo. Odiaba aquella deriva en la conversación. ¿Por qué insistían todos a su alrededor en delimitar la vida en torno a la búsqueda de un marido? ¿Acaso el único modo de alcanzar la plenitud era desposándose? No es que la joven diera la espalda a esa posibilidad, pero prefería que llegase de forma natural. Que nadie le impusiera un destino fijado según el beneficio de otros. No quería ser como Deirdre, la de los antiguos mitos, resguardada del mundo como un tesoro que entregar al pretendiente más adecuado, no al más amado.

Deseaba tener voz y voto para elegir a la persona con la que pasar el resto de su existencia; y esa persona, desde luego, no era Artair O’Neill. Una ambición muy alta en una tierra donde, generalmente, las mujeres sólo podían aspirar a ser moneda de cambio en pactos de alianza, como su hermana Caitlin. Una ambición que, además, le había costado la vida a Donnell.

–Olvídalo, Rag, ningún hombre marcará la dirección en la que me mueva. No seré esclava de nadie –dijo, poniéndose seria y frunciendo los labios con expresión resuelta; luego miró a la tormenta en ciernes–. Que las aguas me traigan el futuro si quieren. Pero será mi voluntad la que decida.

El océano escuchó la encomienda. Y la aceptó.

* * *

El mar le habló aquella misma noche. Los truenos rasgaron la duermeyela de la muchacha hasta alcanzarla en sueños y teñirlos de escenas angustiosas. Su cuerpo se agitó entre sábanas y mantas. «Déjame dormir, no quiero hacer nada más», susurró; «sólo dormir». La furia de un mundo que se agitaba; lluvia, vientos desatados sobre montañas de agua que crecían y se desmoronaban. «Déjame, déjame», insistía, cerrando su corazón al mensaje, temerosa de entenderlo, de que la atrapara.

Pero los relámpagos iluminaron el destino que se acercaba. El día sobre la noche reveló un gran barco, como ninguno que hubiera visto antes; una embarcación de tres palos cuyo velamen debió de ser asombroso antaño, pero del que ahora sólo quedaban jirones contra los elementos. Un cascarón de madera que, cabezota, trataba de resistir en vano a la ira divina.

No, no estaba ante una nao, ahora lo entendía. La Ealasaid de sus sueños contemplaba una criatura herida de muerte. Una madre preñada de multitud de hijos, que aullaban y trataban desesperadamente de conseguir lo imposible: salvar sus vidas, cuando ni siquiera habían nacido todavía. Neptuno ya los había condenado, señalándolos con su tridente inapelable.

A casi todos ellos.

Irlanda es una criatura volátil que calma su ímpetu con la misma rapidez con que lo enciende. Cuando la primera caricia del sol despertó a Ealasaíd, las siniestras nubes negras habían sido sustituidas por un azul puro y cristalino. El cambio fue tan intenso que por un instante olvidó las pesadillas que le habían alterado el sueño. Tras remolonear un poco entre las sábanas, se levantó y caminó hasta la ventana. Las gaviotas volvían a volar con las alegres piruetas de costumbre, a lomos de un viento ligero que azotó la cabellera cobriza de la joven dama.

Y, aun así, a pesar de que la estampa poco se parecía a la de la víspera, percibió en su interior un resto de aquella desazón imposible de identificar. Algo que llevaba dentro incluso desde antes de dejar Dunaneeny.

La primera vez que se sintió descolocada con el mundo había sido al morir su madre, casi tres años atrás, pero lo achacó a la natural pena ante una pérdida semejante. Se supone que los padres abandonan a los hijos cuando éstos ya están entrados en la madurez, pero Ealasaíd se sentía lejos de esa seguridad propia del adulto. Ni niña, pues hacía ya mucho de su primer sangrado, ni mujer, pues todos la trataban como si estuviera hecha de vidrio y no de carne.

Ahora estaba allí, en su nuevo hogar, que era hermoso, fascinante. Sin embargo, no podía disfrutarlo, igual que un enfermo es incapaz de saborear los alimentos por deliciosos que sean. Esa debilidad la enojaba, pues nada odiaba más que sentirse a merced de circunstancias incontrolables.

De pronto tuvo uno de esos arrebatos que de vez en cuando le llenaban de voluntad el corazón. Se deshizo del camisón y lo cambió por un atuendo más adecuado para salir de la alcoba. Ropas cómodas, nada de asfixiantes corsés

o molestos vestidos de damisela: la *léine* clásica de lino hasta la rodilla, polainas para cubrir las piernas y unas buenas botas para caminar. También un manto velludo con el que combatir el frío matinal.

Más animada, descendió por la escalera en espiral de la torre hasta alcanzar el patio trasero del castillo. El primer destino que tenía en mente eran las cocinas, pegadas a la atalaya. Allí tomaría una hogaza y un pedazo de queso del que disfrutar durante el paseo que había planeado.

En cuanto dejó atrás el torreón, sintió el agradable aroma del pan recién horneado, pero antes de llegar a las despensas se cruzó con Roderic, el maestresala personal de su padre. Recibió de él esa mirada directa que siempre adornaba su rostro alargado, escrupulosamente afeitado y de cabello recortado a la antigua usanza, con forma de tazón. Su expresión solía ser un tanto fría e indescifrable; costaba leerle las emociones. No recordaba en él una carcajada ni un balbuceo. En cualquier caso, le tenía cierto aprecio, pues siempre se mostraba atento con todo el mundo y comprometido con su trabajo. Por ello, sin duda, había alcanzado tan privilegiada posición en los escasos dos años que llevaba al servicio de la familia. El cargo de mayordomo principal de un gran señor solía recaer en veteranos de lealtad probada, pero Roderic había demostrado sus méritos al poco de llegar como mozo a las cocinas del barrio exterior, más allá de los muros de la fortaleza. Se ganó el aprecio de su señor durante los festejos por la concesión de Dunluce y las tierras de Antrim, en los que su intervención frustró un intento de envenenamiento del mismísimo Somhairle. El culpable, tras alegar que no conocía la identidad de quien lo había contratado, fue ajusticiado en la horca. Y a Roderic se lo nombró encargado del servicio privado.

–Buen día, mi señora.

–Bueno sea, Roderic.

–Si acudís a las cocinas, debo informaros de que allí se encuentra vuestra tata –dijo él, dibujando una ligera sonrisa. Era toda la efusividad que se permitía.

Ealasaid resopló y bajó los hombros. Podía dar por perdida la mañana si la vieja nodriza daba con ella. Primero tendría que soportar el clásico sermón por «vestir inapropiadamente para una dama de alta alcurnia»; le recriminaría que llevara el pelo suelto, la llamaría holgazana e insistiría en que dedicase su tiempo a algo de provecho, como bordar. Una tarea que aborrecía. ¿Malgastar un día tan esplendoroso dando puntadas con una aguja? ¡De ningún modo!

–Puedo traeros algo de comer sin que se entere, si lo deseáis –se ofreció Roderic.

–Muy amable por tu parte, pero mejor me escabullo antes de que esa mujer me huela. ¡Juro que en lo que a mí respecta tiene el olfato de un perro cazador! –rio–. Tomaré algo en las cocinas del barrio exterior.

Así pues, la joven se fue en la dirección opuesta. Siguió la pared de la casa señorial por el patio trasero hasta el ala que unía el edificio principal con la muralla. Después, de nuevo en el exterior, pasó por delante de la torre sur, y sobre ella vio a los centinelas bostezar mientras paseaban u oteaban el horizonte. Sonrió. Le parecía divertido ver a aquellos hombres tan recios a punto de ser vencidos por el sueño.

Dejó a su izquierda la logia, con sus columnas unidas por arcos, y se dirigió a la esquina más occidental. Allí, la muralla desembocaba en la casa de la guardia, formalmente la puerta de entrada del castillo. Tenía planta cuadrada, lo que indicaba que no se había construido al mismo tiempo que las otras dos torres. En realidad, la fortaleza era hija de distintas épocas. El primer asentamiento había sido erigido por los normandos, aunque poco quedaba de aquello. Cuando

los MacQuillan tomaron posesión del lugar, levantaron el perímetro amurallado y las torres circulares con fines defensivos, pero sólo la situada al sur cumplía ahora tal cometido. El gris de las piedras era más oscuro en esos edificios; la sal ya había empezado a carcomerlos, y los nidos de las gaviotas eran tan parte del castillo como las banderolas. La casa de la guardia resultaba de fácil defensa porque formaba un cuello de botella justo tras el puente, sobre el que los guardias de la torre podían disparar a placer con sus mosquetes.

La casa señorial también era obra de los MacQuillan, pero Somhairle ya había decidido que debía ser remodelada por completo. Ahora que era un líder reconocido tanto dentro como fuera de Irlanda, deseaba engrandecerla, convertirla en un lugar suntuoso donde realizar grandes celebraciones y agasajar a sus invitados. Por ese mismo motivo había construido, dos años atrás, la logia de la que tan orgulloso estaba. Aquel tipo de edificios era habitual en el continente, pero en la isla no existía otro igual; algo de lo que el padre de Ealasaíd se jactaba cuando surgía la ocasión, y también cuando no.

Se cruzó con Caoilte, el jefe de la casa de la guardia, en el pasaje que cruzaba las entrañas de la torre. Hablaba con Owen Gar Magee, capitán de la guardia personal de su padre. Ambos eran hombres de aspecto basto, como la mayoría de escoceses. Caoilte era más alto, flaco, de ojos hundidos y cabellera larga para cubrir la escasez en las sienes; el otro tenía las espaldas muy anchas y parecía un auténtico toro pardo. Ambos eran veteranos de confianza de Somhairle. En una tierra donde las traiciones eran moneda común, la lealtad absoluta era una cualidad tan escasa como valorada. A la hora de delegar responsabilidades de gobierno, los señores de los clanes trataban de rodearse de quienes habían demostrado su valía y entereza en el campo de batalla, sangrando

a su lado. De hecho, Owen se enorgullecía de un logro por el que era admirado: él había terminado con Éamon Mac-Quillan II en la batalla decisiva por el control de La Ruta, acontecida en la colina de Aura años atrás. Se contaba que lo había perseguido hasta su refugio, donde se infiltró para darle muerte. La hazaña le valió el favor de Somhairle a partir de entonces.

–Buen día, niña –la saludó Caoilte, con una sonrisa familiar–. ¿Os ha dejado dormir la tormenta?

–Hace falta mucho más para desvelarme –respondió la muchacha, escondiendo la intranquilidad y las pesadillas.

–Desde luego, sois tan dura como las rocas del acantilado –bromeó él.

–Aun así, no estaría de más que os acompañara uno de mis hombres durante vuestro paseo –intervino Owen con su habitual frialdad.

Era un hombre parco en gestos. Sin duda tenía alma de mercenario: gélida e impenetrable, preparada para cualquier acción. Cualquiera. A Ealasaid le revolvía el estómago tal falta de escrúpulos, por bien dirigida que estuviese.

–Sólo voy a la playa, aquí al lado. Desde las almenas occidentales podréis vigilar mis pasos.

Owen Gar Magee, tan celoso de sus responsabilidades, estuvo a punto de replicar. Pero el jefe de la guardia dio su aprobación, y con eso bastó para que la joven pudiera seguir su camino. Más allá del promontorio, tras salvar el puente, se extendía el barrio exterior. Se trataba de un grupo de edificios destinados a diversos trabajos al servicio del castillo. Un murete dividía el arrabal en dos secciones. En la más cercana al baluarte, había un bloque formado por habitaciones con vistas a los jardines situados a la derecha. Era el alojamiento de los visitantes con cierto prestigio social, pero sin la suficiente nobleza para merecer los magníficos aposentos

del castillo: enviados de otros clanes, comerciantes de importancia o monjes itinerantes. En el edificio que venía a continuación había una cocina preparada para servir a esas visitas, cuyas chimeneas ya lanzaban bocanadas de humo a una hora tan temprana. Ealasaid se detuvo allí para tomar un pedazo de pan recién horneado y untado con miel.

La siguiente área tenía construcciones a ambos lados formando un patio que siempre estaba animado. Los trabajadores de la cervecería se afanaban con los carros y canastas de cebada mientras un mozo conducía un caballo hasta los establos, frente a la destilería.

Más allá se abría el poblado, a los pies de una ligera cresta conocida como la colina de la Horca*. La línea de montículos se alzaba tan suavemente que apenas se apreciaba cómo discurría hacia el este. Había pocos árboles en los alrededores: todo era un ondulado manto verde, tierras fértiles para la agricultura y generosas en pastos. Los ganaderos solían dejar sus rebaños en libertad para que las bestezuelas dieran cuenta de la hierba reverdecida por la lluvia nocturna.

En los huertos, los labriegos ya espoleaban a sus asnos, y los pescadores más rezagados marchaban con sus carros hacia el río con la esperanza de que la jornada fuera propicia. La aldea bullía de actividad y apenas había amanecido, pero así era la vida para los que debían ganarse el sustento con las manos. La muchacha, que nunca había tenido que hacerlo, admiraba el esfuerzo de aquellas gentes, para quienes las tareas empezaban y acababan con el sol, salvo los festivos y el día del Señor. A veces, cuando los contemplaba, se sentía culpable por su propio malestar. ¿Qué derecho tenía a quejarse? Los aldeanos que servían a su clan eran tan esclavos de las costumbres como ella, pero además tenían que

* Gallows Hill.

soportar una existencia difícil y trabajosa a cambio de una choza en la que guarecerse y comida caliente para los suyos. Sin privilegio alguno. Sin otro destino que subsistir.

La cuestión era que se conformaban. La mayoría de ellos aceptaban aquellas condiciones con resignación, incluso con una sonrisa. Incluso con felicidad. Abnegados en el día a día, los trabajadores encontraban momentos alegres en lo mundano. Y eso era lo que más envidiaba Ealasaid. Lo habría dado todo por ser capaz de aceptar el camino que Dios había trazado para ella.

Dejó atrás la herrería para tomar un pequeño sendero que regresaba hacia el mar. Las mujeres que se habían reunido en el pozo del poblado la saludaron con la amabilidad y el respeto que se esperaba de ellas hacia la hija de su señor. Dudó si detenerse a hablar, pues si lo hacía se vería envuelta en sus chismorreos y en cuanto se diera cuenta habría perdido la mejor parte de la mañana.

Así que siguió el camino por el que antiguamente se accedía al castillo y que ahora se cortaba a la sombra del puente. Era algo habitual en las fortalezas de antaño: empinadas y enrevesadas cuestas que se enroscaban en torno al promontorio sobre el que se alzaban las atalayas, para obligar a cualquier atacante a un arduo ascenso que lo expondría a los proyectiles de los defensores. El problema era que aquello también resultaba incómodo para los sirvientes, carros de provisiones y mensajeros que llegaban a Dunluce a diario. El puente levadizo solventaba el asunto con mayor eficacia.

Ealasaid viró en dirección a la playa y bajó por una cuesta cubierta de hierba, con cuidado para no resbalar en el barro. El manto glauco, que casi llegaba hasta la orilla, sólo se interrumpía por una banda oscura de pequeños cantos. La mano de Dios había formado una cala entre la punta rocosa

del castillo y un dique natural que, al este, se adentraba en el mar. En aquel lugar había encontrado la muchacha un refugio al que acudía cada mañana. Nadie más bajaba allí, pues la zona resultaba de poca utilidad: a lo largo de la línea del mar aparecían puntas y arrecifes que impedían la utilización de cualquier barca. Era, por tanto, un pacífico remanso, un santuario en el que observar durante horas cómo las olas rompían contra los acantilados y llegaban hasta la playa de guijarros. A veces, si el tiempo acompañaba, se mojaba los pies o se atrevía a saltar entre las rocas que formaban los pequeños islotes, lo que no era muy prudente. Un traspies durante el juego podría resultar fatal.

Lo único que hizo aquel día fue recostarse junto a un gran pedrusco en mitad de la cala, dar buena cuenta del desayuno y quedarse ensimismada con el arrullo del mar. Tras la furibunda tormenta de la noche anterior, aquel plácido sonido le calmó el corazón y llevó a sus labios los versos de una canción:

¡Oh, yo prohíbo a las doncellas
que vistan de oro tu pelo
para viajar a Carterhaugh,
donde mora el joven Tam Lin!

Pues nadie sale de Carterhaugh
salvo que le dejen una promesa,
sus anillos, sus mantos verdes,
o bien su doncella.

La tata Àine solía cantarle aquella antigua balada escocesa. Hablaba de una mujer, valiente y luchadora, que un día conoció a su amor verdadero, Tam Lin. Pero éste era prisionero de la reina de las hadas, así que la joven tuvo que resca-

tarlo de la malvada elfa. A Ealasaïd le encantaba la canción. Admiraba a la muchacha que se imponía al aciago destino de las mujeres, pues en lugar de someterse a las costumbres daba un paso adelante y luchaba por lo que quería. Una fantasía, por supuesto. Por mucho que su padre la protegiera sabía que el tiempo jugaba en su contra. El mundo y sus convencionalismos, dictados por hombres con poder desde el principio de los tiempos, no permitía que semejantes cuentos se hicieran realidad.

O tal vez sí. Quizás existieran azares capaces de cambiar la vida de una muchacha condenada al tedio. Porque, al apartarse un poco de la gran roca sobre la que se había apoyado, reparó en algo que no pudo ver antes: una tabla de madera, roja y oscura, que resaltaba contra el gris de las piedras y el azul del mar. Estaba varada donde nacía el espigón natural, a la derecha de la cala. Desconcertada, Ealasaïd se preguntó de dónde habría salido mientras se acercaba para examinarla.

Entonces lo vio. Un hombre, cerca de aquella madera, se sentaba sobre las rocas. Vestía harapos desgarrados que apenas le cubrían la piel morena y no se movía. Pero, cuando los cantos crujieron bajo los pies de la joven, el desconocido abrió los ojos y la descubrió. Su mirada se posó en la de Ealasaïd, que se detuvo asustada. Su miedo creció cuando él, con mucho esfuerzo, se levantó y se dirigió, renqueante, hacia ella. Tenía el cabello largo y la barba descuidada, y estaba tan delgado como un junco seco; parecía un espantapájaros maltrecho. La imagen le trajo a la mente la figura de Adán, el primer hombre, aunque aquel individuo no parecía tocado por Dios, sino un despojo a las puertas de la muerte.

Fue esa vulnerabilidad lo que hizo que se desvanecieran sus recelos. Al verlo tambaleándose, tan débil que con cada paso parecía que fuera a derrumbarse, Ealasaïd se apresuró para ayudarlo. Lo alcanzó justo cuando las fuerzas le

fallaron. Se desplomó en sus brazos, y pesaba tan poco que a ella le resultó sencillo recostarlo sobre el suelo. Entre los gemidos que salían de aquellos labios resecos por la sal, creyó distinguir unas palabras en un idioma que no le era del todo desconocido.

–A vuestra santísima merced me entrego, Virgen María...

Y no dijo más antes de desmayarse.